



Marcelino Menéndez y Pelayo

Poesías

Epístola a Horacio

Yo guardo con amor un libro viejo,
De mal papel y tipos revesados,
Vestido de rugoso pergamino;
En sus hojas doquier, por vario modo,
De diez generaciones escolares
A la censoria férula sujetas,
Vese la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos retozan
Cifras allí de incógnitos lectores;
En mal latín sentencias manuscritas,
Escolios y apostillas de pedantes,
Lecciones varias, apotegmas, glosas,
Y pasajes sin cuento subrayados,
Y addenda y expurganda y corrigenda;
Todo mezclado con figuras toscas
De torpe mano, de inventiva ruda,
Que algún ocioso en solitarios días
Trazó con tinta por la margen ancha
Del tantas veces profanado libro.

Y ese libro es el tuyo, ¡oh gran maestro!
Mas no en tersa edición rica y suntuosa;
No salió de las prensas de Plantino,

Ni Aldo Manucio le engendró en Venecia,
Ni Estéfanos, Bodonis o Elzevirios
Le dieron sus hermosos caracteres.
Nació en pobres pañales; allá en Huesca
Famélico impresor meció su cuna;
Ad usum scholarum destinole
El rector de la estúpida oficina,
Y corrió por los bancos de la escuela,
Ajado y roto, polvoroso y sucio,
El tesoro de gracias y donaires
Por quien al Lacio el ateniense envidia.

¡Cuántos se amamantaron en sus hojas,
A cuántos quitó el sueño ese volumen,
Lidiando siempre por alzar el velo
Que tus conceptos al profano oculta!
¡Cuánto diste suavísimo deleite
A quien perseveró en la ruda empresa,
Y cuánto de sudor y de fatiga
A ignorantes y estóolidos alumnos!
Hiciste germinar a tu contacto
Miles de ideas en algún cerebro;
Llenástele de luz y de armonía,
Y al influjo potente de tu ritmo
El ritmo universal le revelaste.
Por ti la antigüedad surgió a sus ojos;
Por ti Venus Urania, de los cielos
Bajó a las mentes de adorarla dignas,
Y allí habitando, cual perfecta idea,
Dio vida a su pensar, norma a su canto.
¡Cuánta imagen fugaz y halagadora,
Al armónico son de tus canciones,
Brotando de la tierra y del Olimpo,
Revolaban en torno al estudiante,
Que ante la dura faz de su maestro
De largas vestimentas adornado
Absorto contemplaba sucederse
Del mundo antiguo los prestigios todos:
Clámides ricas y patricias togas,
Quirites y plebeyos, senadores,
Filósofos, augures, cortesanas,
Matronas de severo continente,
Esclavas griegas de ligera estola,
Sagaces y bellísimas libertas,
Aroma y flor en lechos y triclinios,
Múrrinos vasos, ánforas etruscas.
¡En Olimpia, cien carros voladores,
En las ondas del Adria, la tormenta,
En el cielo, de Júpiter la mano,
La Náyade en las aguas de la fuente,

Y allá en el bosque tiburtino oculta
La dulce granja del cantor de Ofanto,
Por quien los áureos venusinos metros
En copioso raudal se precipitan
Al ancho mar de Píndaro y de Safo!
Yo también a ese libro peregrino,
Arca santa del gusto y la belleza,
Con respeto llegué, sublime Horacio;
Yo también en sus páginas bebía
El vino añejo que remoza el alma.
Todo en ti lo encontré, rey de los himnos,
Mente pelasga, corazón romano:
El vuelo audaz, la sentenciosa flecha,
La ática sal, las mieles del Himeto,
El ditirambo que a los cielos toca, (268)
El canto de Eros que inspiró Afrodita,
El Otium Divos que la mente aquieta,
Y el júbilo feroz con que en las cumbres
Del Citerón, en la ruidosa noche,
Su leve tirso la Bacante agita.

La belleza eres tú; tú la encarnaste
Como nadie en el mundo la ha encarnado.
A tu triunfal corona las preseas
Grecia engarzó de su mejor tesoro;
Rindiote Jonia las melosas voces
Con que Anacreon arrulló a Batilo,
Tebas el ritmo en que de Dirce el genio
Loara al púgil en la lid triunfante
Y al vencedor en la cuadriga rauda;
Del enemigo de Licambo hubiste
El crudo hierro convertido en yambo,
La alada estrofa en que de Cleis la madre
Supo inflamar con férvidos amores
a bien trenzadas vírgenes lesbianas,
Y el son de Alceo entre borrascas hórridas
Al opresor de Mitilene infausto.

Todo, rey de la lira, lo abarcaste,
Pusiste en todo la medida tuya,
El ne quid nimis ¡sobriedad eterna!
La concisión, secreto de tu numen.
En torrentes de números sonoros
Despéñase tal vez tu fantasía;
Mas nunca pasa el término prescrito
Por la armónica ley que a los helenos
Las hijas de Mnemósine enseñaron.
¡Tiempo feliz de griegos y latinos!
¡Calma y serenidad, dulce concierto
De cuantas fuerzas en el hombre moran;

Eterna juventud, vigor eterno,
Culto sublime de la forma pura,
Perenne evocación de la armonía!
¡Bárbaros hijos de la edad presente!
Horacio, ¿lo creerás? graves doctores
Afirman que los hórridos cantares
Que alegran al sicambro y al escita,
O al germano tenaz y nebuloso,
Oscurecen tus obras inmortales
Labradas por las manos de las Gracias,
Cual por diestro cincel mármol de Paros.

¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!
¿Quién te dijera que en la edad futura
De teutones (274) y eslavos el imperio,
En la ley, en el arte y en la ciencia
Nuestra raza latina sentiría,
Y que nombres por ti no pronunciables,
Porque en tu hermosa lengua mal sonaran,
El habla de los Dioses enturbiando,
Tu nombre borrarían? Orgullosos
Allá arrastren sus ondas imperiales
El Danubio y el Rhin antes vencidos.
Yo prefiero las plácidas corrientes
Del Tíber, del Cefiso, del Eurotas,
Del Ebro patrio o del dorado Tajo
¡Ven, libro viejo; ven, alma de Horacio,
Yo soy latino y adorarte quiero;
Anímense tus hojas inmortales!

Que Régulo otra vez alce la frente
Y el beso esquive de la casta esposa,
Y el pueblo aparte que su paso impide,
Y a los tormentos inmutable torne;
Que entre las ruinas del vencido mundo
Caiga el atroz Catón, nunca domado;
Que Druso a los Vindélicos aterre,
Como el ave de Jove fulminante
Desciende sobre tímida bandada;
Que las torres de Ilión maldiga Juno,
Dos veces humilladas en el polvo,
De Laomedón por la perfidia insana,
Por el inicuo juez y la extranjera;
Que de Palas la égida sonante
A los Titanes otra vez resista;
Que las Danaides el acero empuñen
Y en sangre tiñan los nupciales lechos;
Que el níveo toro, a la de cien ciudades
Creta, conduzca la robada Ninfa;
Que los corceles del rugiente trueno

Lance el Saturnio por el aire vago,
Y se estremezca desquiciado el orbe,
Mas nunca el pecho del varón constante.

¡Ven, libro viejo, ven, roto y ajado!
Quiero embriagarme de tu añejo vino,
A Baco ver entre escarpados montes,
A Fauno amante de ligeras ninfas,
A Hermes facundo y al intonso Cintio.
Quiero vagar por los amenos bosques,
Donde la abeja susurró de Tíbur,
Y en los brazos de Lidias y Gliceras
Posar la frente, al declinar la tarde,
Orillas de la fuente de Blandusia;
O ante la puerta de la dura Lyce,
Que el Aquilón con ímpetu sacude,
Amansar su rigor y su soberbia;
O volar con la nave de Virgilio
Que hacia las playas áticas camina
Y guarda la mitad del alma tuya.

¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!
Canta la paz, la dulce medianía,
El Eheu Fugaces que cual sueño vuela,
El Carpe diem que al placer anima,
El Rectius vives que enaltece el alma;
Canta de amor, de vinos y de juegos,
Canta de gloria, de virtudes canta.
¡Siempre admirable! Recorrer contigo
Quiero las calles de la antigua Roma,
Con Damasipo conversar y Davo,
Reírme de epicúreos y de estoicos,
Viajar a Brindis, escuchar a Ofelo,
Sentarme en el triclinio de Mecenas,
Y aprender los preceptos soberanos
Que dictaste festivo a los Pisones.

Vengan dáctilos, yambos y pirriquios,
Caldeados en tu fragua creadora.
¡Que se entrelacen en vistoso juego
Y dancen cual las ninfas desceñidas
Que con rítmico pie baten la tierra!
La antigüedad con poderoso aliento
Reanime los espíritus cansados,
Y este hervir incesante de la idea,
Esta vaga, mortal melancolía
Que al mundo enfermo y decadente oprime
Sus fuerzas agotando en el vacío,
Por influjo de nieblas maldecidas
Que abortó el Septentrión, ante su lumbre

Disípanse otra vez. ¡Torne el radiante
Sol del Renacimiento a iluminarnos;
Cual vencedor de bárbaras tinieblas
Otro siglo lució sobre el Oriente
Los pueblos despertando a nueva vida,
Vida de luz, de amor y de esperanza!
Helenos y latinos agrupados,
Una sola familia, un pueblo solo,
Por los lazos del arte y de la lengua
Unidos, formarán. Pero otra lumbre
Antes encienda el ánima del vate;
Él vierta añejo vino en odres nuevos,
Y esa forma purísima pagana
Labre con mano y corazón cristianos.

¡Esa la ley será de la armonía!
Así León sus rasgos peregrinos
En el molde encerraba de Venusa;
Así despojos de profanas gentes
Adornaron tal vez nuestros altares,
Y de Cristo en basílica trocose
Más de un templo gentil purificado.
¡Adiós, adiós, monarca de la lira!
En vano el Septentrión hordas salvajes
De nuevo lanzará; sobre las ruinas
Triunfante se ha de alzar el libro viejo,
De mal papel e innúmeras erratas,
Que con amor en mis estantes guardo.
Santander, 28 de diciembre de 1876.

A Epicaris

Yace en la mente del Señor oculta
De la hermosura la fecunda idea,
Que nuevas formas incesantes crea
Y, a par que las acendra, las sepulta.

Océano insondable y sin riberas
Que alimenta la vida con sus aguas;
Encendido volcán en cuyas fraguas
Del existir se inflaman las lumbreras.

Todo nació de allí, y en raudo vuelo,
Girando en torno de la luz fulgente,
Cual pabellón inmenso y esplendente
Tendió sus alas el etéreo cielo.

Y luego obedeciendo a la armonía
Que se encarnaba en la materia oscura,
Surgieron a bordar su vestidura

Orbes de luz, de la extensión vacía.

Y el modelo inmortal de la belleza,
Al traducirse en la celeste forma,
Al astro prefijó número y norma
Y un rayo le prestó de su grandeza.

Ese invisible espíritu potente,
Oculto engendrador, alma del mundo,
Que derrama doquier soplo fecundo
Y es de la vida inextingible fuente,

Penetró de la tierra por las venas,
Y la llama encendió de sus entrañas,
El centro fecundó de las montañas
Y animó de los mares las arenas;

En partes cien el polvo congregado,
Toda existencia el orbe producía,
Y a par de la existencia la armonía,
El ritmo universal de lo creado.

Ritmo que guía al huracán tronante
Y la tormenta y la quietud dirige,
Y el vuelo errante de las aves rige
Y los murmullos de la mar sonante;

Que del iris extiende los colores
Y la luz del relámpago rojiza,
Y los sedientos campos fertiliza,
Y exhálase en aromas de las flores;

Que en la piedra, en el bruto y en la planta
Las huellas imprimió de su destino,
Y en el hombre encendió fuego divino
Que a la fuente del ritmo le levanta.

Por eso quiere el pensamiento humano
Sin velo percibir lo inteligible,
Y a la cumbre llegar inaccesible,
Foco de la belleza soberano.

Cuanto sus ojos miran, es espejo
Roto y quebrado de la pura idea,
Con sus fragmentos otro mundo crea,
Del mundo superior débil reflejo.

Y otro mundo después... Mas nunca llega
A realizar el sueño de su mente;
De su razón los límites presiente,

Y el mundo material su vista ciega.

Entonces condensando la hermosura,
Que en los seres contempla dividida,
En un símbolo externo le da vida,
Y encarna al fin su concepción oscura.

Y le tributa adoración e incienso,
Rinde a sus pies las obras de su mano,
Y enlaza en pensamiento soberano
La belleza mortal al tipo inmenso.

Una mujer... De allí la mente alzada
Nuevas bellezas rápida eslabona,
Y entreteje magnífica corona
Para adornar las sienes de su amada.

Roba a la Aurora perlas y fulgores,
Detiene al sol en su abrasado vuelo,
Concentra el ritmo de la tierra y cielo,
Olas, estrellas, vientos bramadores...

Y al ver en cifra la beldad primera,
Levanta el hombre su inspirado acento,
Y responde al armónico concento
Que rige y mueve la celeste esfera.

Del vivir en el sueño arrebatado
Buscaba yo también, señora mía,
Cual luz de la existencia la armonía,
El ritmo universal de lo creado.

Y no calmaron mi incesante anhelo
Del arte griego las ficciones suaves,
Ni docta ciencia con discursos graves
Logró arrancar el tenebroso velo.

Yo vi discordia que doquier estalla,
En el mar, en los cielos, en la tierra;
Vi el apetito y la razón en guerra,
Todos los elementos en batalla.

Mas vi principios de belleza en todo
Y quise penetrar su oculta esencia;
Reconocí su influjo y su presencia
Hasta en el seno del informe lodo.

Y un símbolo busqué para en sus alas
Alzarme al trono de la suma idea,
Y contemplar, aunque en reflejo sea,
De la hermosura las perennes galas.

Tú fuiste, amada, el símbolo elegido
Para encarnar mi pensamiento vago,
Pues de tus ojos el celeste halago
Rompió la niebla en que yací dormido.

Yo en ellos vi, como en espejo puro
Nunca empañado por terreno aliento,
La imagen de mi propio pensamiento,
Ya más alto y tenaz, menos oscuro.

Vi la belleza en tu gallarda forma
Traducirse por fin, libre de velos,
Y el saber de la tierra y de los cielos
Dar a tu rostro perfección y norma.

Y como el griego artífice eminente,
Al contemplar el mármol que labrara,
Ardió en amor de la hermosura rara,
Cifra de la grandeza de su mente,

Yo, mi dulce Epicaris, extasiado
Ante la gracia que en tu faz reía,
En ti adoré la plácida armonía,
El ritmo universal de lo creado.
Santander, 1874.

Sáficas

- I -

Una fiesta en Chipre
(Imitación de la poesía griega y latina)

EL SACERDOTE

Cantad, mancebos, a Afrodita Cipria,
Cantad, doncellas, al Amor su hijo;
Humo de incienso a la región etérea
Ya se levanta.

¡Lejos, profanos! nuestro canto empiece,
Se alce sublime a celebrar la gloria
De aquella diosa que en Gnido impera,
Reina de Pafos.

Al blando ritmo de la griega musa
Herid las siete resonantes cuerdas
De la áurea lira, que pulsara en Lesbos
Mísera Safo.

CORO DE MANCEBOS

¡Madre Afrodita! ¡tu sagrado numen
En dulce fuego al universo inflama!
Tú las semillas de potente vida
Lanzas al orbe.

Caen de la tierra en el fecundo seno,
Y se produce en la extensión inmensa
Generación de voladoras aves
Hijas del viento.

Todo se anima, y tu presencia sienten
El rudo tronco y el peñasco altivo,
Y hasta la cima del Pelión cubierta
Siempre de nieve.

Inspira leve susurrando el aura
Sueño de amor en la estación florida,
Y vierte Cintio en la campiña amena
Plácida lumbre.

Y Eros veloz, que revolante sigue
El áureo carro de su madre hermosa,
Con sus arpones sin cesar enciende
Fuego de amores.

Siéntele el rey de las umbrosas selvas
Y a la leona con rugido llama,
Y tras la vaca el anhelante toro
Corre mugiendo.

Llenan los bosques con alegres trinos
Aves prendidas en el blando lazo,
Y las caricias de su amor oculta
Trémula rama.

Y hasta los monstruos que la mar encierra
Ríndense, Cipria, al seductor hechizo,
Y el Ceto inmenso y el de fina escama
Rombopreciado.

Todo obedece a las eternas leyes,
Y Amor propaga las especies todas.
Salud, ¡oh Reina! nuestros votos oye
Plácidamente.

Arda el incienso en tu mármoleo templo,
Suene la voz del sacerdote agosto,
Y a Chipre mira con amantes ojos,
Madre Erycina.

EL SACERDOTE

Vírgenes Ciprias, comenzad el canto;
Soltad los lazos de las negras trenzas,
Y al engendrado del Saturnio Jove,
Eros divino,

Al de las flechas y dorada aljaba,
Al de los dioses y los hombres dueño,
A quien dio a luz en los Idalios bosques
Bella Citeres,

Celebraréis en melodiosos himnos
Que lleve el viento en sus ligeras alas
Al blando lecho donde unido a Psiquis
Eros reposa.

CORO DE DONCELLAS

Eros, enciende en los humanos pechos
Fuego de vida, poderosa llama;
Tú a las eternas del amor presides
Dulces ternezas.

Por ti en el carro de la blanca Aurora,
Por ti en los rayos de Hiperión ardiente,
Por ti en las sombras de la noche oscura
Vuela un gemido.

Lánzale el pecho de la ninfa griega
Por quien suspira el amador errante;
Une sus almas en eterno beso
Céfiro leve.

Suena en las selvas amoroso canto,
Sienten las Dríadas tu divino aliento,
Y las Náyades en su opaca gruta
Bajo las ondas.

El aura gime por las tiernas flores,
Besan las olas la escarpada orilla,
Todo se inflama y al placer convidan
Tierras y mares.

Deja en el Latmos su argentino carro,
Para besar al cazador arcade,
La de los labios de purpúrea rosa
Febe divina.

Rinde Poseidon su tridente agudo,
Sigue veloz a la marina Tetis,
Y da a los reinos del cerúleo ponto

Nueva progenie.

Rinde sus flechas el Latonio Febo,
Rinde Atenea su potente egida,
Rinde el Tonante su temible a reyes
Rayo trisulco.

Hiende las nubes el ligero carro
De aquella diosa que en Gnido impera,
Y revolante la carroza sigues,
Hijo de Cipria.

Hiera tu arpón desamorados pechos,
Arda de amor el corazón amante,
Y suave luz de tu divina antorcha
Brille en el mundo.

CORO DE MANCEBOS

Tierna doncella es semejante a rosa,
Que nace y crece en el jardín cercado,
Y se marchita sin que el tallo corte
Mano süave;

Mas si se une en deleitoso nudo
A aquel mancebo que su amor desea,
Es como vid que se entrelaza al olmo
Fuerte y robusto.

Rendid, doncellas, vuestro pecho tierno;
Amad, vosotras, si el amor queréis;
Destierre Cipria los temores vanos,
Y Eros inflame sin igual placer.

CORO DE DONCELLAS

Rendid, mancebos, vuestro pecho altivo;
Amad, vosotros, si el amor queréis;
Destierre Cipria los temores vanos,
Y Eros inflame sin igual placer.

EL SACERDOTE

Concede, madre, a su ferviente anhelo
Digna progenie, sucesión gentil;
Grecia los mire en la robusta liza
Fuertes y altivos entre griegos mil;
Lloren sus padres con inmenso gozo
Al ver sus hijos en la olimpica lid;
Sean las hijas cual su madre hermosas,
Sientan de amor el corazón latir.
Y Amor enlace a las doncellas ciprias
Con los mancebos, por edad sin fin,

Como alzando sus pámpanos hermosos
únese al olmo la corintia vid.

CORO DE MANCEBOS

Arda el incienso en tu mármóreo templo,
Suene la voz del sacerdote augusto
Y a Chipre mira con amantes ojos,
Madre Erycina.

CORO DE DONCELLAS

Hiera tu arpón desamorados pechos,
Arda de amor el corazón amante,
Y suave luz de tu divina antorcha
Brille en el mundo.
Santander, abril, de 1875.

Sáficas

- II -

Anyoransa. -A Epicaris

Sueña el poeta en las nocturnas horas
Sueño de amores que el amor inspira;
Visión divina su dormida frente
Pasa tocando.

Así descansa el inocente niño
En el regazo de su tierna madre;
Sobre él el ángel de doradas alas
Tiende su mano.

¿Quién no ha soñado una región más pura
Que siempre baña refulgente lumbre?
Nunca en sus mares la cuadriga Febo
Rápida esconde;

Crece en sus prados la purpúrea rosa
Libre del cardo y la punzante espina;
Teje Citeres de florido mirto
Bella corona.

Juega veloz en deleitosos huertos
Aura cargada de perfumes leves;
Arenas de oro en su corriente rauda
Llevan los ríos.

Nunca la escarcha sus campiñas cubre,
Nunca el granizo sus sembrados hiere,
Jamás la nieve la escarpada cumbre

Ciñe del monte.

No se marchitan las gayadas flores,
Siempre renueva su verdor la tierra;
Fecundo aliento productor de vida
Lleva en su seno,

Aura vital que por doquier circula
Desde la piedra a la robusta encina,
Y en cuanto existe omnipotente inflama
Fuego divino.

Amor respira el deleitoso suelo,
Amor exhalan las abiertas rosas,
Y allá en la selva el rruiseñor repite
Trinos de amores.

Lavan del río en las serenas aguas
Ninfas hermosas sus gallardas trenzas,
O tejen de oro, en escondida gruta,
Tela preciada.

Nunca el jardín de la hechicera Armida
Mostró a los ojos tan gentil encanto,
Como la tierra que en dorada imagen
Sueña el poeta.

Allí domina en elevado alcázar
Reina del bosque y la floresta umbría,
Cifra inmortal de la belleza suma,
Cándida virgen.

En ella encarna la celeste idea
Que en la alta mente del Señor reside,
Áurea cadena que la tierra enlaza
Con el Empíreo.

Fuego de vida su mirar destella,
Toca la tierra su ligera planta,
Y entre las nubes al Olimpo claro
Alza su frente.

No vista humana a resistir alcanza
El puro brillo de sus ojos bellos,
Do se refleja de increados soles
Lumbre perenne.

Ni puede el hombre penetrar su acento
Que, resonando en la celeste esfera,
Presta al concento de los orbes de oro

Número y ritmo.

La vaga imagen que en el sueño viera
Traduce el vate en la mujer que adora;
Himnos y flores, del amor tributo,
Pone a sus plantas.

Tal a su Laura concibió el toscano;
Tal adorara en Beatriz el Dante,
Que puso en ella del saber divino
Símbolo eterno;

Tal Ausías March a su edetana altiva,
Lirio entre cardos, celebró gimiendo,
Y el divo Herrera a la de negros rizos
Bella Eliodora.

Tal una imagen de beldad y gloria
Yo persiguiera en infantiles sueños;
Buscó su numen mi agitada mente
Sobre la tierra

Y aparecióme en la tendida playa
Donde potente se elevó Favencia,
Reina de reyes en pasados tiempos,
Reina de naves.

Cual de la blanca y ondulosa espuma
Del mar Egeo, que la Grecia baña,
Vieron los dioses con asombro alzarse
Nítida concha;

Y como perla de su oculto seno,
Mostrar la diosa de Citeres bella
Los lácteos miembros que el Amor torneara
Plácidamente;

Tal a mi vista apareció radiante,
Dulce Epicaris, tu beldad suprema,
Que festejaban con amante arrullo
Ondas y vientos.

Mórbida imagen de estatuaria griega,
Mármol semejas que labrara Fidias.
¡Oh si en tu gloria resonara acaso
Lira pelasga!

Hija, cual yo, de la Cantabria fuerte,
Sólo en tocar las laletanas costas
De nueva luz y de hermosura nueva

Tú las vestiste.

Huyó contigo mi perdida calma
De nuestra patria a los augustos lares,
Y desde entonces, en soledad oscura
Yo me lamento.

Pero un reflejo de la clara estrella
Que de mi vida alumbrará el camino
Viene tal vez a consolar mi duelo
Lánguidamente.

Y la anyoransa que en mi pecho anida.
Tal vez anhela por la cara tierra,
O reproduce la divina imagen
De mi adorada.

Vuela, alma mía, a la región hermosa
Donde arrullara mi ondulante cuna
Del mar profundo y el airado viento
Ronco silbido;

Tráeme veloz en tus flotantes alas
Dulce recuerdo de mi amada ausente,
Y en la anyoransa a consolarme vuelva
Plácido sueño.
Barcelona, 1873.

Cantos latinos
A imitación de los que componían los goliardos o estudiantes
juglares de la edad media

I
Ave Salmantina
Civitas gloriosa,
Gloria litterarum
Semper speciosa.

Ecce tibi venit
Pauper scholaris,
Hujus vitæ et morum
Forte recordaris.

Gaudens in taberna
Ludere et cantare,
Vinum sine nummis
Semper degustare.

Gaudens in quadriviis

Domnam osculari,
Virgines et nuptas
Celer insectari.

Quando venit lena
Leniter insidens,
Ego dico: «adsum»
Tacite subridens.

Fuit obnoxia feminis
Vita Salomonis,
Femina desecuit
Comam et vim Samsonis.

Stagirita clericus
Dicitur insanuisse;
Pro onere suam puellam
Humeris imposuisse.

Oh sapiens Aristoteles,
Quam dulce onus portabas!
Interdum hujus crura
Pro libito tractabas.

Quis nescit Virgilitumque
Pendentem de cistella?
Ridebat omnis Roma,
Ridebat ejus puella.

Sed post luxerunt omnes
Cum ignem extinxisset,
Et solum inter femora
Infidæ reliquisset.

Nec Decretalia lego,
Nec libros Pandectarum,
Erit mihi solus Naso
Magister Sententiarum.

Et Pamphilum pertracto
De vetula scribentem,
Et Apulejum Aphrum
Sub asino rudentem.

Hoc ignorantur laici,
Sed scitur in scholis;
Non sum peritus juris
Sed in amorum dolis.

Uror amore puellæ

Nec jam maturam sperno;
Illa est decora facie,
In hac sapientiam cerno.

Non solum pulchritudine
Sed venustate capior,
Et lascivienti risu
Cultu et munditiis rapior.

Et mauras et judaeas
Simul fideles amo,
Et fremens sicut cervus
Pro eis semper clamo.

Versatus sum Parisiis
In prato Clericorum,
Edoctus sum Germaniæ
In terra Goliardorum.

Scio ludere alea,
Et cantilenas pangere,
Et rhythmicè saltare,
Crumata et tibiam tangere.

Scio vina discernere
In poculis commixta,
Agnosco odorem aquæ,
Fugio velut arista.

In potatorio carmine
Nulli secundus cedo,
Et carmina pro poculis
Omni pincernæ reddo.

Sum vagus sicut ventus
Et liber sicut avis,
Me rapiet usque ad mortem
Illa stultorum navis.
Santander, enero de 1878.

Cantos latinos goliardescos

II

In tabernam ingrediamur
Scholares et goliardi;
Eja, age, surge, domine,
Nobis porge vinum bonum,
Ut tui nomen celebremus
Et cum tibiis personemus.

Bonum verbum, dulcis risus,
Et jucunda semper facies;
Nunc, sodales, est bibendum,
Inter pocula canamus;
Eja, age, surge e lecto
Et nos accipe sub tecto.

Curre, curre, cela uxorem,
Si sit juvenis et pulchra;
Curre, curre, natam cela
Ne marcescat flos innuptæ;
Quamquam semper in taberna
Filia pulchra sit pincerna.

Venustatem et munditias
Nunquam ponas juxta Bacchum,
Quia cum Baccho calet Venus;
Haeret ignis in medullis,
Et non sufficit prudentia,
Clericorum ait scientia.

CORO

Aperi portas, janitor,
Audi ut sibilat ventus,
Turboque mixta grandine
Segetes lætas verberat.

A C...

Preguntas, prima mía,
Por qué medito y callo;
Decírtelo querría,
Mas ni palabras hallo,
Ni osa afirmar mi lengua
Lo que soñó mi amor.

Allá en remota altura,
Espléndido y sereno,
De gracia y hermosura
El ideal heleno
Mis infantiles sueños
Tal vez acarició.

Emblema del deseo
Del ánima encendida,
Del seno del Egeo,
A embellecer mi vida
Las Horas y las Gracias
Brotaban a la par.

Las Gracias que derraman
Belleza en los mortales,
Las que al artista llaman
A amores celestiales,
Las que ensalzaba Píndaro
En cántico triunfal.

De ellas procede al hombre
Virtud, valor y gloria;
De ellas el alto nombre,
La peregrina historia,
Cuanto levanta el alma
A célica región;

Cuanto de ritmo vago,
De mística armonía,
De número y halago
Naturaleza cría,
Reflejo es de las Gracias,
Es eco de su voz.

Las vi agitar terribles
Las cántabras espumas;
Y mansas y apacibles,
Sin nubes y sin brumas
El golfo de Parténope
Ceñir y embellecer.

Las admiré doquiera,
Y el ánimo extasiado
A la superna esfera
Volar quiso inflamado;
Un rayo de aquel fuego
Pedí para mi sien.

«Yo anhele ver la idea
En forma traducida,
Y que esa forma sea
La lumbre de mi vida.
¡Que las helenas Gracias
Me envuelvan en su luz!»

Aquel extraño anhele
Al fin cumplirse miro;
Desciende ya del cielo
La diosa en raudo giro,
Hermosa cual las Gracias,
Hermosa como tú.

Las Gracias animaron
Sus ojos y su frente,
Y su cabeza ornaron
De oro crespo y luciente;
Pusieron en sus labios
Riquísimo panal.

Nadie en sí propio fíe,
Si vio belleza tanta,
Hermosa cuando ríe,
Hermosa cuando canta,
Dulcísima sirena
Del gaditano mar.

¡Es la Beldad suprema
Que imaginó mi mente,
O símbolo ni emblema,
Mas realidad presente;
¡Morir puedo tranquilo,
Que mi alma al fin la vio!

Su planta luminosa
Apenas toca el suelo,
Su nombre como diosa
Pregúntaselo al cielo,
Su nombre acá en la tierra
No he de decirlo yo.
Sevilla, marzo de 1878.

A Epicaris
Soñé, mi amada, en la ideal belleza,
Fuente de toda luz y toda vida,
Que de Dios en la mente concebida
Es arquetipo de inmortal grandeza.

Y yo la contemplaba en su pureza,
De veste candidísima ceñida,
En la tierra su planta sostenida,
Oculta entre las nubes su cabeza.

Espíritu celeste, alma del mundo,
Que presta al orbe su fecundo aliento,
Soplo que anima la materia impura;

Y al despertar de sueño tan profundo,
Vi encarnarse y tomar forma y acento
La belleza ideal en tu hermosura.

A mi doctísimo amigo y paisano Don Gumersindo Laverde Ruiz
Restaurador de los estudios de filosofía española

Noble campeón de la española ciencia,
Por quien renace la inmortal memoria
De Soto y Suárez, la olvidada gloria
De Lulio y Foxo, Vives y Valencia.

Ellos del ser la inescrutable esencia,
Del pensamiento la agitada historia,
Del espíritu humano la victoria
Y el potente afirmar de la conciencia,

Con lengua revelaron soberana;
Mas sus nombres cubrió silencio triste
Hasta que tú avivaste el sacro fuego.

Por ti, que tal tesoro descubriste,
No envidiará ya más la gente hispana
Al germano tenaz, al sabio griego.
Santander, 15 de noviembre de 1875.

En Roma

¡Y nada respetó la edad avara...
Ni regio pueblo ni sagradas leyes!
En paz yacieron extranjerías greyes
Do la voz del tribuno resonara.

No ya del triunfador por gloria rara
Siguen el carro domeñados reyes,
Ni de Clitumno los hermosos bueyes
En la pompa triunfal marchan al ara.

Como nubes, cual sombras, como naves
Pasaron ley, ejércitos, grandeza...
Sólo una cruz se alzó sobre tal ruina.

Dime tú, oh Cruz, que sus destinos sabes:
¿Será de Roma la futura alteza
Humana gloria o majestad divina?
Roma, 17 de enero de 1877.

A la memoria del eminente poeta catalán Don Manuel Cabanyes
Muerto en la flor de su edad el año 1833

Oda

(/On oi (geoi\ filou=sin a) poqnh?skei ne/oj

(El varón amado por los Dioses muere joven.)

MENANDRO.

¡Feliz quien nunca en la acordada lira
Al poder tributó venal incienso,
Ni elevó al solio de opresores viles
Su profanado canto!

¿Por qué de Horacio el numeroso acento
Adula el sueño al opresor del mundo?
¿Por qué soñada alcurnia en su alabanza
Teje de Mantua el vate?

¡Feliz quien nunca en el marmóreo alcázar,
Su voz hiriendo regios artesones,
Himno entonó que servidumbre inspira,
Preso en dorados lazos!

¡Feliz quien nunca del inquieto vulgo
El furor excitó, temió las iras,
Ni arrastró de su musa desgarrado
El manto por las plazas!

Odio patricio y ambición insomne
El brazo armaron del terrible Alceo,
Envenenó la Némesis plebeya
De Béranger el alma.

¡Maldición para aquel que en muelle halago
Vierte en su ritmo corrupción infame,
Y las flores de Chipre regaladas
Torpemente deshoja,

Cual Ovidio y Petronio las mancharon
Con labio impuro al profanar los dones
Que sobre ellos vertieran las sagradas
De Mnemósine hijas!

¡Hélade antigua! generosas sombras,
Píndaro, Homero, Sófocles, Esquilo,
Que nunca infieles de la Urania Venus
Fuisteis al puro culto,

Abrid del templo las doradas puertas.
¡Paso al virgen mancebo laletano,
Que en sus hombros la túnica del genio
Ostenta no manchada!

¡Dulce Cabanyes! en humilde tumba
Cubre tus restos el materno suelo;
Sobre ella vela el numen de la lira...
El de la gloria duerme.

De la región etérea donde moras,
Propicio acoge mi modesta ofrenda;
Para cantarte, de tu lumbre un rayo
Vierte sobre mi frente.

Tú la belleza con afán buscaste
Como a los griegos se mostró y latinos,
Mórbida y rica, transparente y tersa
Cual de Paros el mármol.

Y esa increada idea realizando,
Cuerpo la diste, movimiento y vida,
Forma gentil, de Helénica pureza,
De sencillez graciosa.

Libre como tu espíritu tu musa
Rima desdeña y números sonoros;
Campo la diste que a extender bastara
Su altivo pensamiento.

Dieron el tono a tus audaces himnos
De Ofanto el cisne y el cantor (308)del Tormes,
Robusto Alfieri, Fóscolo indomado,
Lusitano Filinto.

Y cual la abeja del ameno Tíbur,
Flores libando en los vergeles todos,
Sonó tu voz en Laletania fértil
Madre de trovadores.

Émulo de Lucrecio, describiste
El monstruo crudo que del Ganges vino
A emponzoñar con su hálito funesto
Las fuentes de la vida;

Y como Horacio al navegante execra,
Tú al oro cantas, domador del mundo,
Maldiciendo en tremendas armonías
Su corruptor imperio.

Trajo la historia a tu inspirada mente
Los claros nombres de la edad pasada;
Un rey jurando en manos del ardido
Esposo de Jimena;

Por los desiertos mares conduciendo
Iberas quillas, de Liguria un hombre,
Y gigante visión del ponto erguida
Para anunciar sus hados.

Y las que yacen en silencio antiguo
Ciudades de alto nombre entre ruinas
Ansiaste levantar al soplo ardiente
Del vivífico estío.

Seguiste el rumbo de la clara estrella,
Guiadora gentil de tu destino
Que embelleció con luz plácida y suave
Tus solitarias horas.

A los pies de la virgen que adorabas
Canto ofreciste cual su pecho puro,
Más blando que el gemir del arpa eolia
Por los vientos herida.

Su aliento te infundió la sacra musa
Que en el Tabor y en el Calvario mora;
Viste a Jehová de cólera ceñido,
Fulminador, tronante;

Y al tímido modesto sacerdote
Que al ara de Adonai mueve su planta,
Y a quien en incruento sacrificio
El Hombre-Dios desciende.

Áureos tus versos son; su eco robusto
Vigor inspira, varonil grandeza;
Dignos de edad más fuerte y generosa
Que la nuestra menguada.

Llegó a tu mente un rayo de aquel fuego
Que iluminó los pórticos de Atenas,
Como llegó al cantor de la Cautiva,
A Andrés Chénier divino.

Joven moriste... Apenas a la vida
Se abrieron ¡ay! tus penetrantes ojos.
Joven sucumbe el que los dioses aman,
¡Triste ley de los hados!

De Némesis y Delia los clamores
No a su amador libraron de la tumba,
Ni al sollozar sus élegos dolientes
Las Parcas se ablandaron.

De Catón y Pompeyo las cenizas
En sus urnas de horror se estremecieron
Y un ¡ay! lanzaron sus sagrados Manes,
Al expirar Lucano.

Rota cayó en el Sorga aquella lira
Que moduló en el Tajo los amores
Y llevó a extrañas gentes el sonoro
Nombre de Garcilaso.

Rindió su cuello a la segur impía
El que al Enfermo celebró y al Ciego;
El numen de la gloria remontole
Sobre el cadalso impuro.

Horrible mal devora a Leopardi,
Titán vencido pero no domado;
A Byron ve caer heroicamente
Missolonghi en su arena.

Jóvenes todos... como tú, Cabanyes,
Vieron pasar en desplacer sus días,
Con el estigma del dolor impreso
En sus alzadas frentes.

No fue en la tierra el fin de tu viaje;
Libre de los escollos tu barquilla,
Viste de paz las fúlgidas moradas
Donde inmortal reposas.

Breves y oscuros de la tierra al seno
Fueron tus días en quietud llevados,
Sin que el clamor de la mentida fama
Tu nombre pregonase.

Hoy, mientras ciñen profanados lauros
Frentes vulgares, tu memoria muere.
¡Oh si en tu honor mi canto más durara
Que mármoles y bronces!
Santander, 4 de febrero de 1875.

En el abanico de mi prima
En ósculo de amor indefinible
Se unieron nuestras almas,
Antes de descender del bajo mundo
A la negra morada.

¿Cuándo será que tornen a enlazarse
Las divididas ramas,
Y que una misma savia poderosa
Haga crecer a entrambas?
Abril de 1878.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

